

EL LOUVRE Y EL PRADO. CEI

Un mastodonte de hierro, vigas y tubos, de 42 metros de altura, domina desafiante y revolucionariamente moderno el histórico barrio parisino del Marais. Es el centro de arte y cultura Georges Pompidou. El edificio alberga una Biblioteca Pública de Información con 300.000 volúmenes, donde los visitantes tienen libremente a su disposición todas las revistas y diarios del mes en cualquier idioma; los últimos discos y una fonoteca con su espacio reservado a los niños. También se hallan en el mismo el Museo Nacional de Arte Moderno, el Instituto de Investigación y Coordinación Acústico-Musical, que bajo la dirección de Pierre Boulez se consagra a descubrir nuevos sonidos y el Centro de Creación Industrial, donde se buscan soluciones a los problemas de urbanismo, arquitectura, diseño y medio ambiente.

El Centro Pompidou es la última expresión de la "grandeur" francesa, un signo de vitalidad cultural y un desafío a la crisis económica. Pero muchos se preguntan si no será al mismo tiempo la sentencia de muerte de los museos tradicionales y en primer lugar del Louvre. Porque resulta que el Centro Pompidou devora 130 millones de francos del presupuesto dedicado a la cultura, mientras que los otros 31 museos nacionales -entre ellos los del Louvre, Versalles y Fontainebleau- deben sobrevivir con un presupuesto de 97 millones de francos.

"Reclamamos para estos museos un tratamiento igual al Centro Pompidou. Por ejemplo quisieramos que el Louvre -que es el más bello museo del mundo- pudiera permanecer abierto hasta las 22 horas, para que lo pudieran visitar los que trabajan durante el día, y que tuviera también servicios de cafetería, restaurante y salones de reposo, como los que tiene el nuevo "Centro", dijo el diplomático Emmanuel de Margerie, director de los Museos de Francia.

Los presupuestos raquíticos obligan a mantener cerradas una tercera parte de las salas de los museos del Louvre y Versalles, visitados anualmente por tres millones y medio de personas. Es que el Estado sólo tiene medios

para pagar los sueldos de 900 guardianes, cuando serían necesarios el doble, por lo que las condiciones de seguridad son muy relativas y los robos se multiplican. Un problema semejante hay en Italia y España.

"Por suerte muchos ignoran realmente las frágiles condiciones en que están protegidos los museos y lo fácil que sería sustraer de ellos obras de arte de un valor incalculable", comentó a este corresponsal el prof. Pérez Sánchez, subdirector del Museo del Prado de Madrid.

No hablamos de los 900 museos provinciales en Francia y los miles de iglesias, catedrales, ermitas y museos de España, sin unas elementales normas de seguridad, verdaderas Cenicientas de la cultura. No hay que extrañar se que todas las semanas se publiquen noticias de robos fabulosos.

De muchos de los cuadros, esculturas, imágenes, monedas y joyas robadas no vuelve a saberse más. Así ha sucedido con las joyas de la catedral -valoradas en 4 millones de dólares- de Murcia, y la colección de numismática del museo de Barcelona -valorada en un millón y medio-, robadas en las últimas semanas por especialistas. Estos tesoros emigran clandestinamente, van a engrosar las colecciones privadas de multimillonarios norteamericanos y en menor proporción, de los nuevos reyes del petróleo.

"Hay otra hemorragia del patrimonio cultural -explicó Emmanuel de Margerie-. Muchas de nuestras obras maestras corren el riesgo de ser exportadas. Estamos en un período de cambios sociales y los tesoros familiares pasan de mano, se venden o subastan. El presupuesto del Estado para comprar obras de verdadero interés es ridículo: este año de 5 millones de francos, cuando en la Gran Bretaña sólo la National Gallery dispone del doble. Y eso que Inglaterra padece de una crisis mayor que nosotros. No hablemos entonces de los medios que tiene la floreciente Alemania o los poderosos Estados Unidos".

Claro que la situación en España es todavía más dramática. El presupuesto del Estado pa-

ra adquisiciones es menos de la 6a. parte del francés: 10 millones de pesetas. Naturalmente, con esa cantidad no es posible comprar los dos Goyas, de propiedad privada, que desde hace años esperan inútilmente vender sus propietarios. "No es extraño que cualquier día aparezcan en algún museo extranjero. Es trágico que eso vaya a ocurrir cuando está a punto de cumplirse el 150 aniversario del pintor", se lamentó el subdirector del museo de El Prado "Ya ocurrió, por poner un solo ejemplo, con la Venus del Espejo, de Velázquez, que se la llevó la National Gallery de Londres en una subasta por 45.000 libras, un precio que aquí se había considerado una exageración".

El Estado, en Francia y España, depende de las limosnas, de la caridad, de benefactores, que donan obras de arte. El Museo del Louvre se ha visto así recientemente enriquecido con un Manet y un Goya y París con un inesperable Museo de Picasso, instalado en un palacio del barrio de Marais. Otro Museo Picasso, con centenares de trabajos, se ha abierto en Barcelona gracias a la generosidad privada.

"El Louvre es el museo más rico y más pobre que conozco", dijo el presidente del gobierno, Raymond Barré, después de la visita efectuada el mes pasado para ver el modo de resolver o aliviar el escandaloso problema cultural. Olvidaba o ignoraba la situación real en que se encuentra el Museo del Prado, ubicado en la zona más contaminada de Madrid, que es la capital más contaminada de Europa.

El problema es tan dramático que se teme que varias de las obras maestras de Velázquez, Zurbarán y Ribera estén ya heridas de muerte a causa de la contaminación atmosférica. No harán sino seguir el trágico destino de tantas otras, de un tesoro que está siendo derrochado desde hace más de un siglo y medio.

El Museo del Prado fue creado por el rey Fernando VII con una donación inicial de 3.000 cuadros (Velázquez, Tiziano, Zurbarán, Tintoretto, Rubens, Rembrandt, Ribera, flamencos) herederos de sus padres y abuelos. No lo movió la voluntad de que el pueblo pudiera disfrutar en la contemplación de los tesoros ar-

CIENCIAS DE LA CULTURA

Desde Madrid por Armando Puento.

sticos. El monarca decadente había ordenado escoltar los cuadros del Palacio Real para decorar los salones al gusto francés de la época napoleónica y su esposa, la reina Isabel Braganza, bien aconsejada, juzgó que era la última tenerlos abandonados a la intemperie y expuestos a ser robados en corredores desvanes, donde se habían ido arrembolando, entonces se llevaron al Prado, como quien los eva a un guardamuebles.

Esta confusión inicial entre el Museo del Prado y un guardamuebles ha subsistido hasta hoy. En el Museo se exponen 2.600 obras. Otras 500 están en los sótanos. Y hay más de 500 -se cree incluso que cerca de 7.000 ya no están catalogadas- que andan esparcidas por iglesias, municipalidades, universidades, embajadas y edificios oficiales.

La costumbre de prestar obras de arte comenzó hace un siglo, cuando al incorporarse los 1.700 cuadros del Museo de la Trinidad a los que ya había en el Prado, se creó un problema de espacio. Entonces empezó el reparo: los funcionarios, profesores, intendentes, embajadores y obispos amigos del ministro de Educación de turno, le pedían uno o varios cuadros, que les eran cedidos provisionalmente y en custodia. Ahora es difícil saber exactamente cuántos, cuáles y a quién fueron repartidos.

El subdirector del Museo, prof. Pérez Sánchez, empeñado desde hace unos años en la tarea de ubicarlos y recuperarlos, se ha llevado terribles sorpresas. Un Ribera ha sido localizado en el patio de un liceo de Badajoz, sometido a la lluvia, el granizo, el sol y los pelotazos de los muchachos cuando juegan al fútbol en el recreo. Otro en uno de los servicios públicos de la catedral de Santiago de Compostela.

Pero al fin y al cabo de éstos se sabe donde están y algunos de ellos podría, quizás, ser restaurado. En cambio la suerte ha sido peor para otras obras valiosas. Media docena se perdieron en el incendio del edificio municipal de Porriño, una localidad gallega, donde estaban colgados, olvidados y menospreciados desde principios de siglo. En Lisboa desapareció una extraordinaria colección de tapices y cuadros de los siglos XVI y XVII cuando una turba marxista asaltó e incendió, hace casi dos años, la Embajada de España. Las obras, que habían sido llevadas allí hace 35 años por Nicolás Franco, -que para eso era el hermano del Generalísimo- con el fin de adornar su despacho y los salones de la embajada, estaban valoradas en 5 millones de dólares.

Un desastre semejante ocurrió en Berlín, cuando los aviones aliados destruyeron la embajada en uno de los bombardeos llevados a cabo en 1945. Nadie se había preocupado de proteger las obras, pertenecientes al Museo del Prado. En Leningrado 14 cuadros, cedidos a la embajada de España ante la Rusia de los zares, desaparecieron durante la revolución de octubre. Doce que estaban en el consulado de España en Santiago de Cuba han pasado a formar parte del museo de esta ciudad por decisión de Fidel Castro.

Pero hay más. Muchas de estas obras del Museo del Prado, cedidas temporalmente a algún departamento ministerial adornan ahora el comedor o el dormitorio de ex-funcionarios, que se las llevaron a su casa cuando fueron dejados cesantes. Otras han sido vendidas al extranjero, subastadas en Ginebra o en Londres, por quienes se consideraban ya sus definitivos propietarios.

Con la falta dramática de vigilantes (una docena para todo el Museo), el Prado, como el Louvre, ha de tener gran parte de sus salas cerradas al público. 1977 es el año del cuarto centenario de Rubens, el gran pintor representado en el Prado mejor que en ningún otro lugar del mundo. Sin embargo sus obras están confinadas en los sótanos. Es así como se le rinde homenaje en su aniversario, a uno de los máximos artistas europeos, amigo de los papas y reyes de España, Italia, Francia y la Gran Bretaña.

Las salas de Goya están también cerradas. El pretexto son las obras de organización y climatización que se realizan y que 40 de sus cuadros van a ser expuestos en Barcelona y un centenar de sus grabados y aguafuertes en Roma.

"Las obras maestras siguen viajando por motivos políticos y singulares de seguridad -se lamentó el marqués de Lozoya, uno de los máximos expertos españoles. Varios de los mejores Greco fueron enviados a la Feria de Nueva York, para servir de adorno a las negociaciones con los Estados Unidos. Goya viajó a Tokio, para estrechar los lazos comerciales. Ahora va a Barcelona, para apagar los fuegos separaristas y a Roma, para sellar la reconciliación democrática. Para muchos funcionarios el tesoro artístico no es sino un almacén de atrezzo de nuestros diplomáticos".

La dirección del Museo del Prado no quiere dar los nombres de las obras que sabe han sido vendidas en el extranjero y de los que han salido injustamente beneficiados con la operación comercial. Apellidos muy conocidos, algunos de personalidades aún vivas, saldrían a relucir y podrían originar un conflicto político de proporciones incalculables. Tampoco quieren dar los nombres de los gobernadores, rectores de universidades, intendentes municipales y obispos que en sus días de gobierno